

Jorge Colapinto

LA ESTRUCTURA FAMILIAR Y LOS EFECTOS DESESTRUCTURANTES DE LOS SERVICIOS ASISTENCIALES ¹

Hace varios años hube de supervisar una entrevista de evaluación de una familia compuesta de madre y tres hijas. Para la familia en cuestión, todo comenzó cuando Nancy, la hija de ocho años, dió en caerse de su asiento en la escuela, varias veces por día. La maestra, preocupada, pidió a la madre que sometiera a la niña a un examen neurológico. La madre se mostró renuente en un principio, pero finalmente accedió cuando la maestra insinuó que podía ser denunciada al servicio de protección del menor, por negligencia. El neurólogo, sin embargo, no encontró nada anormal, y concluyo que seguramente se trataba de un problema de conducta. Siendo un firme creyente en las virtudes de la terapia familiar, el neurólogo derivó a la familia a nuestra clínica.

Allí un terapeuta, a quien yo supervisaba a través de un espejo unidireccional en compañía de un grupo de colegas, entrevistó a la familia. Pero él tampoco pudo encontrar una explicación para la conducta de Nancy en la escuela. Estábamos a punto de enviar a la niña de vuelta al servicio de neurología, para un examen mas completo, cuando una de las colegas hizo una observación que cambió drásticamente el curso de la consulta. Pero en este punto voy a interrumpir la historia de Nancy y sus caídas, para abrir algunos interrogantes que la historia sugiere.

El primero de estos interrogantes es: ¿Por qué buscar en la familia la clave para el problema de Nancy?

ESTRUCTURA Y DINAMICA FAMILIAR

Los terapeutas familiares se apoyan en un conjunto de nociones acerca de la conducta humana individual y grupal, derivadas de la experiencia de trabajo con familias, y que justifican su accionar. Las siguientes son representativas de la terapia familiar estructural, modelo que guía mi propia práctica y la del terapeuta de la familia de Nancy.

Determinación contextual

La primera noción es el principio de la determinación contextual de la conducta. Los terapeutas estructurales nos hemos acostumbrado a comprender las conductas individuales en un contexto interaccional, multipersonal. Si una madre, por ejemplo, le pega una paliza a su hijo, observamos lo que ocurre entre ambos y alrededor de ambos en ese momento. ¿Qué estaban haciendo los dos? ¿Tiene esa paliza el sentido de un castigo, o es quizás un intento que hace la madre por alcanzar a un chico que se le está yendo literalmente de las manos? ¿O es una forma de poner distancia? ¿Cuál es el significado que tiene un golpe para la relación entre ambos? ¿Había otras personas presentes? ¿Qué significa el golpe en términos de otras relaciones -con el marido, la suegra, la vecina, la trabajadora social?

¹ Ponencia en el 1er. Congreso Internacional sobre Familia y Sociedad. Tenerife, 1991.

Los terapeutas estructurales formulamos hipótesis que explican que la la señora le pegue a su hijo *en ese momento*, mas que hipótesis que lo explicarían por alguna característica de personalidad de la madre -por su “baja autoestima”, por “identificación con su madre que le pegaba cuando ella misma era chica”, etc. Porque esa misma madre y ese mismo niño también pueden, en otro momento del día, amarse y reír juntos.

Estructura familiar

El principio de la determinación contextual de las conductas nos ha llevado a interesarnos por cómo es que funcionan las familias, y cómo es que se pueden “descomponer”. La segunda noción que quiero proponer aquí es entonces la de estructura familiar, que nos ayuda a visualizar a cada familia como una organización que se ha ido plasmando a través de la interacción de sus componentes, y que a su vez determina cómo se comportan. A esta organización la analizamos en función de las relaciones de distancia y de jerarquía establecidas entre sus miembros.

El análisis de las relaciones de *distancia* nos indica cuáles miembros están mas cerca entre si, y cuáles están mas alejados; quiénes se incluyen en ciertas situaciones, y quiénes quedan fuera. Por ejemplo, supongamos que una señora está criticando los hábitos de su marido en la mesa y él se está defendiendo. Los hijos, que escuchan, pueden o no intervenir con sus opiniones en la discusión. Si lo hacen, decimos que a distancia que media entre hijos y padres es menor que si no lo hacen. Si ocurre que la mamá y la hija mayor se pasan la mitad del día lamentándose de los malos modales del padre, mientras éste se recluye en una habitación o se va al bar, decimos que la hija está muy cercana a la madre, y que el padre está muy alejado de ambas. Los terapeutas estructurales frecuentemente nos representamos este tipo de situaciones de una manera visual. En el caso que acabo de describir, podríamos dibujar dos círculos muy próximos entre si, representando a madre e hija, y un cuadrado mas alejado, representando al padre. O bien podemos trazar un amplio círculo alrededor de madre e hija, y dejar afuera al padre. Si por el contrario nos encontramos con la primera situación, donde madre y padre tenían su discusión que los hijos se inmiscuyeran, el círculo rodearía a madre y padre.

Fronteras

Estos círculos representan una tercera noción clave en terapia estructural: la noción de fronteras. Una frontera define quiénes participan en qué tipo de situaciones, y quiénes quedan excluidos. En el ejemplo que he estado usando, la situación es la discusión de la conducta del padre.

Para un terapeuta estructural, las fronteras son un aspecto importante de la estructura familiar porque condicionan el nivel de funcionamiento de la familia y de sus miembros individuales. Veamos esto en otro ejemplo. Supongamos que la mamá esta regañando a su hija menor porque se está portando mal, y en un momento dado el padre interviene dándole un grito a la chica, quien entonces cesa en su mala conducta. A primera vista, el padre está ayudando a su esposa. Pero desde otro punto de vista, está también invadiendo un territorio que originariamente les pertenecía a la esposa y la hija. La pelea era entre ellas dos, y él se entromete; ha trasgredido una frontera. Su intención puede haber sido la de ayudar a su esposa, pero el efecto de su intervención ha sido invalidarla, declararla incompetente. La madre estaba tratando de que la hija le

obedeciera, sin éxito, hasta que el padre interviene y la hija obedece. La moraleja es que la madre no puede hacerse obedecer por la hija, y el padre sí. Si el padre no hubiera intervenido, quizás hubiera dado tiempo para que la madre sí tuviera éxito, y para que la hija viviera la experiencia de obedecer a mamá sin que tenga que venir papá al rescate.

Veamos otro ejemplo, esta vez tomado de una situación terapéutica, una entrevista de consulta con una familia cuyo hijo mayor está internado en una clínica psiquiátrica. En un momento de la entrevista el terapeuta pide un cambio de asientos para que el muchacho se ubique junto a su padre, lo cual requiere que varias personas se saquen y vuelvan a poner los pequeños micrófonos que llevan colgados del cuello, para la grabación de la entrevista. Llegado a su asiento, el muchacho, que está medicado, tiene dificultad en acomodarse el micrófono, y entonces el padre lo hace por él. El terapeuta se levanta de su asiento e increpa al padre por lo que ha hecho; porque al ayudar al hijo, al mismo tiempo lo está invalidando, no deja que pruebe a los demás y a sí mismo que puede arreglárselas solo con el micrófono.

Desde el punto de vista de un terapeuta estructural, entonces, la trasgresión de fronteras tiende a retardar el desarrollo, el crecimiento, la diferenciación de los individuos y los subsistemas dentro del sistema familiar. Si el padre siempre ayuda a su hijo en cuestiones manuales, el hijo nunca desarrollará su propia habilidad manual. Si el padre viene siempre al rescate de la madre cuando ésta parece débil frente a la hija, entonces ella nunca va a experimentar la sensación de su propia fuerza. Y a la inversa, si la madre siempre interviene cuando le parece que el padre está siendo demasiado severo con la hija, entonces padre e hija nunca aprenderán a calibrar, a negociar su propia relación -siempre necesitarán a la madre mediadora. Si los hijos siempre intervienen cuando mamá y papá están discutiendo, entonces papá y mamá no pueden terminar de resolver sus propios conflictos. Como un músculo, las capacidades del individuo y las de los subsistemas necesitan ejercitarse para poder desarrollarse.

Las fronteras pueden ser más o menos firmes, y más o menos estables. Si una hija quiere enterarse de lo que están discutiendo papá y mamá y los padres le dicen, "No es asunto tuyo", los terapeutas estructurales decimos que las fronteras en esa familia son firmes. Si por el contrario la madre usa a su hija como confidente -se queja ante ella del marido/padre-, decimos que las fronteras son débiles. Los terapeutas hablamos de "sobreinvolucración" cuando las fronteras nos parecen demasiado débiles. En los casos más extremos, las personas están tan cerca unas de otras que se hace difícil para el terapeuta —y para ellas mismas- establecer dónde termina una y empieza la otra: hablan los unos por los otros, se leen el pensamiento, experimentan las mismas sensaciones corporales. En el extremo opuesto, si una madre o un padre nunca está disponible para nada que provenga de sus hijos, decimos que las fronteras son demasiado rígidas, y hablamos de "desconexión". Los dos extremos de la sobreinvolucración y la desconexión se dan cuando los miembros del sistema familiar no pueden negociar sus distancias relativas; entre los dos extremos, hay siempre un interjuego dialéctico entre las fuerzas "centrípetas", que tienden a la afiliación, la integración, la pertenencia, la lealtad mutua, y las "centrífugas", que por lo contrario tienden a promover la separación, la diferenciación, la individuación.

Jerarquía

Las relaciones de distancia son una parte del análisis de la estructura familiar. El otro componente son las relaciones entre quienes ocupan lugares relativamente más altos y quienes ocupan lugares relativamente más bajos en la estructura. La noción de jerarquía es la cuarta noción clave para la comprensión de las familias desde el punto de vista del terapeuta estructural. En las familias que los terapeutas consideramos “funcionales”, las relaciones jerárquicas son claras y los padres, como subsistema, ocupan una posición superior a la de los hijos.

En las familias con problemas esto frecuentemente no es así. En aquel caso típico de la niña “incontrolable” y la madre “ineficaz”, es frecuente descubrir más adelante que la madre está en realidad aliada con los hijos en oposición al padre tirano, o percibido como tal. Esto a veces implica que el padre ocupe una posición inferior en la jerarquía de la familia -como sujeto temperamental, poco inteligente—, y otras veces que la madre ocupe esa posición inferior -como una más de las nenas sojuzgadas por el tirano. Llamamos a esta disfunción de la jerarquía una *coalición intergeneracional*. Las coaliciones intergeneracionales típicamente obedecen a una incapacidad para resolver conflictos entre adultos, y a veces cumplen una función de estabilización para la pareja conyugal. Padre y madre se ahorran muchas discusiones mediante el recurso de reclutar a un tercero como aliado.

Una coalición intergeneracional es fuente de problemas porque le resta demasiado poder a por lo menos uno de los adultos, y les da demasiado poder a los hijos, aunque este sea ilusorio porque está al servicio de los adultos. En las familias donde hay madre pero no padre, la coalición intergeneracional puede incluir a otro pariente, típicamente a la abuela, que puede aliarse con la nieta en criticar a la hija y madre.

Triángulos

El concepto de “estructura familiar” se completa con una quinta noción clave, que ha estado rondando todas estas descripciones sin ser todavía nombrada: la noción de triángulo. Un triángulo es una relación entre tres personas, donde el rol de cada una sirve para definir o balancear la relación de las otras dos. En una coalición de abuela y nieta contra madre, por ejemplo, cada una de las dos primeras ayuda a que la otra adquiera mayor poder en relación con la madre, mientras que la madre, desde su posición de “enemiga común”, ayuda a cimentar la relación de pares entre abuela y nieta. Similarmente, una madre y una hija sobreinvolucradas se apoyan mutuamente en el proyecto de exclusión del padre, mientras que el padre periférico estimula la sobreinvolucración de las otras dos.

Morfogénesis

¿Cómo se ha ido gestando esa estructura, cómo ha ido ocurriendo que la gente se fue posicionando a tales y cuales distancias, en tales y cuales lugares jerárquicos?

La gestación de estructuras familiares, o morfogénesis constituye la sexta de las nociones claves. A lo largo de la vida de la familia, los miembros negocian y renegocian, en un proceso de acomodamiento mutuo que no es necesariamente explícito y verbal, las distancias y las posiciones jerárquicas relativas a mantener. Durante el ciclo normal

de desarrollo de la familia, este proceso eventualmente culmina en la autonomía y la separación de los miembros más jóvenes, que comienzan otras familias.

La negociación de distancias y jerarquías se va plasmando en reglas, que rigen la vida de la familia. Ejemplos de estas reglas son: "Él puede pasarse la vida deprimido y sintiéndose fracasado, mientras que ella no puede deprimirse nunca y tiene que mantener su eficacia". "Papá no debe ser molestado nunca". "A mamá no se la obedece hasta que papá intervenga". La negociación comienza tan pronto la familia se forma, digamos por ejemplo con la unión de un hombre y una mujer -y digo por ejemplo porque la familia también la pueden fundar, en otro ejemplo, una madre sola y su primer hijo. Puede hacerse en forma muy tosca o muy sutil. Un ejemplo de la primera lo proporciona el cuento de la pareja que celebraba sus 70 años de casados. En la fiesta le preguntaron al anciano de 95 años cual era el secreto de la armonía conyugal que obviamente habían disfrutado durante tanto tiempo. El hombre respondió: "El día que nos casamos nos prestaron un caballo y un carro para que nos fuéramos de luna de miel, El camino estaba fangoso y al poco andar el caballo tropezó. Yo dije: Va una. Un rato después el caballo volvió a tropezar y yo dije: Van dos. Cuando el caballo tropezó por tercera vez, dije: Tres. Me apeé y lo maté de un tiro. Mi esposa empezó a gritarme: Que eres más bruto que el pobre caballo. Y yo dije: Va una...".

Pero en la mayoría de las familias esta negociación toma formas bastante más sutiles. En los estadios iniciales de un matrimonio, los esposos pueden acordar tácitamente, por ejemplo, que ella va a ser frágil y dependiente, y él va a ser fuerte y protector, y que de esta manera vivirán el uno para el otro. Luego, muchas circunstancias pueden cuestionar este primer arreglo; supongamos por ejemplo que él se queda sin trabajo, o, para elegir una circunstancia más feliz, que nace un primer hijo. Ahora ella no puede ser tan frágil, y, en el caso de que haya nacido un hijo, ya no pueden vivir simplemente el uno para el otro. El arreglo inicial tendrá que ser renegociado, y según sea la flexibilidad de que disponga la pareja, el resultado de esa renegociación será mejor o peor. Quizás encuentren la forma de crecer y adaptarse al cambio de ser dos a ser tres; quizás, por el contrario, la madre se vaya involucrando demasiado con el hijo y el padre se vaya desconectando cada vez más. En el peor de los casos, reñirán y utilizarán al niño como instrumento en sus reyertas. Quizás hasta lo castiguen para demostrarle al otro que él o ella lo han criado de forma equivocada. De una u otra manera, al cabo de un tiempo la dinámica entre padre, madre e hijo se habrá estabilizado. Entonces quizás nazca un segundo hijo y todo tiene que ser renegociado otra vez. Mientras tanto, muchas otras cosas -mudanzas, comienzo de la escuela para los niños, enfermedades, muertes de abuelos, cambios de empleo, quizás relaciones extramaritales- le siguen ocurriendo a la familia. A cada nuevo paso las posibilidades de combinación son, si no infinitas, al menos múltiples, y al cabo de varios años de vida familiar, el mapa de distancias, fronteras, jerarquías, y coaliciones habrá alcanzado un alto grado de complejidad.

La familia va desarrollando un estilo propio para tomar decisiones y resolver conflictos. Cuanto más abierto y directo es ese estilo, cuanto mayor sea la disposición a renegociar a medida que la familia va creciendo (pasando por el llamado ciclo vital, desde la etapa de padres sin hijos, o de madre y primer hijo, hasta la etapa de hijos adolescentes y adultos jóvenes, que abandonan el hogar paterno), cuanto más claras y realistas sean las expectativas de cada miembro sobre lo que puede esperar de los otros, tanto mayores serán las posibilidades de que la familia logre un balance dinámico y productivo entre los movimientos de afiliación ("centrípetos"), y los de separación ("centrípetos").

Fijación

Cuando las negociaciones no son directas y francas, o cuando las familias se quedan estancadas en una etapa del ciclo vital, incapaces de avanzar hacia el siguiente (por ejemplo, incapaces de adaptarse a la realidad de un hijo adolescente con más poder de negociación), o cuando las expectativas mutuas no pueden ser tan claras, los conflictos tienden a evitarse y alguna de las dos tendencias -la centrífuga o la centrípeta— se hipertrofia a expensas de la otra. La séptima de las nociones claves para el terapeuta estructural es la de fijación evolutiva. La familia queda rígidamente fijada en una situación donde hay miembros que están demasiado cerca entre sí, o miembros que están demasiado alejados, La madre que opta por aliarse con sus hijas y perder eficacia esta evitando una discusión frontal con su esposo acerca de las cosas que le disgustan de él. El esposo, por supuesto, participa gustosamente de esta evitación, que le permite leer el diario tranquilo cuando llega a casa. La familia queda fijada en la imagen de una hija díscola, una madre ineficaz y un padre tirano.

Complementariedad

Una característica interesante de esta imagen es que cuanto mas incompetente parece la madre, tanto mas competente parece el padre, y viceversa. En el ejemplo del padre que ayuda a su hijo con el micrófono, cuanto más ayuda el padre al hijo, tanto menos puede este bastarse a si mismo --y a la inversa. Un examen más detenido mostraría que esa manera particular que tienen padre e hijo de relacionarse calza a su vez a la perfección -una especie de perfección diabólica- con la relación conflictiva que tienen padre y madre. Es como que las conductas se ensamblan, se encajan mutuamente, están hechas la una para la otra. En otras palabras se complementan -como se complementan, por ejemplo, las piezas de un rompecabezas.

La noción de complementariedad de las conductas ejerce un efecto muy potente sobre nuestra percepción de la dinámica familiar. Nos hace ver que la gestación o el mantenimiento de un problema de conducta dependen de más de una persona. El muchacho a quien su padre ayudó con el micrófono ha sido descrito por muchos profesionales como carente de iniciativa y torpe; la “lente” de la complementariedad nos permite apreciar la contribución del padre a esa falta de iniciativa y a esa torpeza. La niña del primer ejemplo había sido descrita como “incontrolable” —hasta que se descubrió que sólo lo era para su mamá, no para el papá. La mamá, a su turno, fue clasificada como “ineficaz” -hasta que se observó cómo el marido contribuía a hacerla ineficaz. La dupla “niña incontrolable/mamá ineficaz” solo ocurre cuando la cataliza el padre presuntamente supereficiente. Carl Whitaker, uno de los pioneros de la terapia familiar, ha llevado la noción de complementariedad a su extremo mas radical: “Los individuos no existen; solo existen fragmentos de familias”.

La noción de complementariedad permite a los terapeutas estructurales ser optimistas y relativizar la fijeza de las conductas individuales. Una madre quizás sea considerada “Un fracaso” por su marido, por su hija, por su propia madre y por sí misma; el terapeuta, en cambio, verá ese “fracaso” como parte de un todo más amplio que incluye, por empezar, la presunta omnipotencia del marido, y confiará en que, dado un contexto distinto, la madre será “exitosa”. Del mismo modo, el padre quizás sea visto

por otros y se reconozca a sí mismo como una persona autoritaria; el terapeuta estructural, en cambio, verá la conexión entre ese autoritarismo y la dependencia de su mujer, y confiará en que, si ella cambia, el padre será más flexible. Aquella otra señora que le pegaba una paliza a su hijo, quizás sea vista por otros y por sí misma como primitiva e incapaz de autocontrol, pero un terapeuta estructural apostará a que esos rasgos sólo existen porque están sustentados por la conducta de otra persona --una abuela descalificadora, por ejemplo--, y que si la relación entre ambas mujeres cambia, se abrirá una oportunidad para que emerja lo que esa señora tiene de sofisticado y medido.

En suma, el terapeuta estructural cree que el fenómeno de la complementariedad puede esconder o suprimir muchos rasgos potencialmente positivos de cada miembro de la familia; que una persona ineficaz, autoritaria o incluso violenta tiene una reserva de eficacia, de flexibilidad y de suavidad que se ha mantenido sumergida por lo que otros miembros de la familia hacen en función de las reglas del juego del sistema familiar, y que saldrá a luz si esas reglas del juego cambian.

Homeostasis

Si resulta difícil cambiar las “reglas del juego” es porque ellas representan el mejor punto de equilibrio que la familia ha podido lograr. A todos les resulta difícil abandonar sus posiciones, o incluso imaginar que alguno de los otros la puede abandonar. El padre se empeñará en mantener la imagen de su mujer como ineficaz, y ella la de él como tirano. Si alguno hace algo para salirse, el otro lo corregirá para que se mantenga en su papel. Este es el proceso al que los terapeutas familiares nos referimos con el nombre de homeostasis -mantenimiento del equilibrio, un equilibrio conocido aunque sea nefasto. La noción de homeostasis, como dinámica que mantiene una determinada estructura familiar, es la novena y última de las nociones claves ofrecidas en este breve repaso de la terapia estructural.

EFFECTOS DESESTRUCTURANTES DE LOS SERVICIOS ASISTENCIALES

Cuando una familia consulta con un terapeuta estructural, la misión del terapeuta será a la vez des-estructurante y re—estructurante. A través de una estrategia de cambio y crecimiento, el terapeuta tratará de disolver fijaciones en la complementariedad de las conductas. Buscará armar un contexto terapéutico donde los recursos con que la familia cuenta en forma latente, y que permanecen ocultos por obra de la dinámica de la complementariedad, se liberen, salgan a la luz, permitiendo entonces que la familia supere su situación de inercia y crezca.

De modo que las actividades del terapeuta estructural constituirán un desafío a la familia, un reto a su estructura, a su organización, a lo que esa familia ha llegado a aceptar como su realidad, a cómo se percibe a sí misma, a cómo los miembros se ven los unos a los otros, a las limitaciones que se autoimponen cuando dicen “Yo soy así, y él es así, y nuestra relación es así, y ninguno de los tres --ni yo, ni él, ni nuestra relación-- pueden ser de otra manera”. A esto el terapeuta estructural contrapondrá sistemáticamente su mensaje de que la familia es más, tiene más, es más rica de lo que parece, de cómo se presenta, porque cada uno de sus miembros tiene recursos aún no

utilizados, recursos que la familia ha estado perdiéndose. En este desafío -desafío a crecer- consistirá su servicio a la familia.

¿Pero qué ocurre cuando la familia, como en el caso de la niña que se caía de su asiento en la escuela, no sólo no ha buscado un servicio terapéutico, sino que ha sido presionada a aceptarlo? ¿Está el terapeuta al servicio de la familia, o están ambos, terapeuta y familia, al servicio de la escuela que “ordena” la consulta? ¿Están la escuela, el hospital, la clínica, ofreciendo sus servicios a la familia para que pueda atender mejor a las necesidades de Nancy, o es la “derivación a terapia” una forma de depositar la responsabilidad por los problemas de Nancy en la familia, y fuera de la escuela? ¿Se espera que la terapia “desafíe a la familia a crecer”, o simplemente que la familia aprenda a “controlar” la conducta de Nancy, de manera que no perturbe a su clase? ¿Está la escuela cooperando con la autoridad parental, o está asumiendo esa autoridad, desplazando a la madre de su posición jerárquica dentro de la familia?

La dificultad en establecer quien “sirve” a quien es más notoria en el caso de los “servicios” --educacionales, médicos, psicológicos, sociales— que la sociedad ofrece (o impone) a las familias con niños. Es sobre todo a propósito de los niños que sociedad y familia vienen librando una antigua puja -se remonta por lo menos hasta la era de la industrialización- en materia de derechos y obligaciones. En esta puja es la sociedad la que ha ido ganando terreno a expensas de la familia: comenzó modestamente, tomando responsabilidad por los niños solamente cuando eran abandonados por sus familias, y terminó por tomar la iniciativa de intervenir en función protectora cuando, a su juicio, las familias no atendían al bienestar físico, educacional, social y/o emocional de sus niños.

En los Estados Unidos, una vez que la sociedad tomó la postura de que a los niños no se los podía dejar librados al arbitrio de sus padres, se impuso como consecuencia lógica la necesidad de intervenir, de manera a veces drástica, en la vida de estas familias. La tónica general de todas estas intervenciones es la de un operativo de rescate del niño, tanto de su cuerpo como de su mente. Trabajadores sociales, madres de acogida, y otros representantes de la comunidad, se abocan a contrarrestar los efectos perniciosos que la familia de origen ha tenido sobre el niño. Mientras tanto, otros trabajadores tratan de ayudar a las madres y los padres a cambiar sus conductas, sus modalidades disciplinarlas, sus actitudes hacia los niños.

Efectos desestructurantes inevitables

De las nociones sobre estructura familiar presentadas anteriormente -fronteras, jerarquías, etc.- puede inferirse que la intervención forzada de la sociedad no puede sino ejercer un efecto desestructurante sobre la familia, Especialmente críticas en este contexto son las nociones de fronteras y jerarquías. Así como la relación entre madre e hijo, padre e hijo, madre y padre necesitan fronteras que las protejan para poder desarrollarse, así también la familia como un todo necesita de una cierta firmeza en las fronteras que la diferencian del resto de la sociedad, para poder crecer y subsistir. Las familias a las que los servicios asistenciales les son impuestos empero, carecen de estas fronteras firmes; viven por así decirlo con las puertas abiertas a la comunidad, y sobre todo a los servicios sociales. En algunos casos esto ocurre como consecuencia directa de una denuncia de maltrato o negligencia; en otros casos la situación de puertas abiertas precede a los incidentes mismos, porque la familia esta desde hace largo tiempo inextricablemente conectada con los servicios.

Asimismo, la estructura interna de una familia sufre perturbaciones muy profundas como consecuencia de la irrupción del mundo externo. Por ejemplo, una vez que una familia es reconocida como abusadora, o siquiera sospechada, se abren a sus miembros posibilidades de coaliciones con figuras de autoridad alternativas. Una esposa temerosa de su marido puede invocar a la autoridad externa como una manera de tenerlo a raya. Un hijo puede recurrir a un trabajador social para que opere como árbitro en una disputa entre él y su madre. La intervención forzada de una figura de autoridad externa siempre tiende a “achatar” la estructura jerárquica de la familia, a poner a todos sus miembros en situación de igualdad, y por lo tanto anticipa problemas a la hora de que esta familia vuelva a operar autónomamente.

Para muchas familias de los Estados Unidos la intervención de los organismos de protección del niño ni siquiera es la primera violación de sus fronteras, porque para cuando ello ocurre ya han transcurrido una buena parte de su ciclo vital lidiando, peleando, negociando, usufructuando y sufriendo con el sistema de servicios sociales. No es infrecuente que la intervención social en un caso de maltrato se inicie porque una abuela decide que es hora de darle una lección a esa hija que le deja al bebé mientras ella se va de fiesta con los amigos y no vuelve hasta dos días después. La abuela denuncia a su hija a los servicios de protección de menores con la misma intención con que veinte años atrás quizás llevaba a su hijo al cuartel de policía o al de bomberos, para que le dieran un buen susto. Los servicios asistenciales se convierten así, muchas veces sin enterarse, en aliados o árbitros de conflictos internos de la familia, en factores de mantenimiento o alteración de la homeostasis. Naturalmente, una vez que la familia abre sus puertas a estos servicios, pierde control de la situación.

Cuando una familia se acostumbra a que los representantes del control social se incluyan en su vida, establece con ellos una de esas relaciones complementarias mencionadas anteriormente. Es como si estas familias no pudieran existir sin los servicios asistenciales, ni éstos sin aquellas. Una vez más se plantea aquí el interrogante: ¿Quién está sirviendo a quien? ¿Existen los servicios porque las familias los necesitan, o las familias los necesitan porque los servicios existen?

Recuerda esto una historia narrada por Jacques Donzelot. En Francia, a comienzos del siglo XVIII, era frecuente que las madres solteras, tratando de salvar su honor, abandonaran a sus hijos recién nacidos a las puertas de una iglesia, un convento, un hospital. Muchos de estos niños, expuestos a la intemperie, morían. A alguien se le ocurrió una solución para salvarles la vida: una bandeja giratoria que se instaló en la puerta de los hospitales. La madre soltera colocaba al bebé en la bandeja, la hacía girar, y el bebé ingresaba al ambiente protegido de la institución, sin que nadie viera a la donante. El honor de la madre y la vida del niño quedaban así a salvo. Pero una consecuencia de esta “solución” fue un gran aumento en la cantidad de niños abandonados. La respuesta fue instalar más bandejas giratorias, y así sucesivamente hasta que cien años después de iniciado el experimento, cuando los niños abandonados sumaban decenas de miles, se suprimió el sistema. Pero la dinámica en virtud de la cual las familias y los servicios asistenciales pueden convertirse en parásitos los unos de los otros sigue vigente, y sigue impidiendo que muchas familias alcancen a desarrollar una integridad estructural suficiente para garantizar su funcionamiento autónomo.

Efectos desestructurantes evitables

Si bien toda intervención social implica necesariamente un cierto grado de desestructuración de la familia (sea la intervención justificada o no, y sea la desestructuración intencional o no), hay ciertos efectos desestructurantes que obedecen a la *forma* de la intervención, y que por lo tanto son en principio evitables.

Por ejemplo, la familia sufre una desestructuración adicional cuando, una vez ubicado un niño en un hogar de acogida, se limitan las visitas de los padres hasta tanto estos se “rehabiliten”. Un caso típico es el de la madre que debe completar un tratamiento de detoxificación antes de que se le permitan contactos regulares con el niño -como si éste fuera una zanahoria y la madre un burro al que se busca motivar. En el peor de los casos, el aislamiento excesivo así impuesto debilitará el vínculo entre madre e hijo y empujará a la madre más hacia las drogas. En el mejor de los casos, la madre completará exitosamente su tratamiento y recobrará al niño, pero para entonces habrán pasado meses sin contacto o con un contacto mínimo. Se habrá resuelto el problema del lugar, una cama quedará libre en un hogar de acogida para recibir a otro niño, y la ex drogadicta y su hijo, desacostumbrados a vivir juntos, quedarán librados a sus propios recursos. Si el hijo es un bebé, para entonces se habrá apegado a la madre de acogida y responderá a su madre biológica como a una extraña. Si se trata de un niño mayor, no es infrecuente que se cree una relación competitiva entre ambas madres, que el podrá, si así desea, manipular en su beneficio. La intervención ha abierto una brecha en la frontera familiar, y no se preocupa por cerrarla.

Otra forma innecesaria de desestructuración –innecesaria desde el punto de vista de las necesidades de la familia, aunque puede ser “necesaria” desde el punto de vista de la dinámica operativa de los servicios asistenciales- es la fragmentación a que es sometida la familia cuando se la obliga a participar en muchos servicios. Por ejemplo, se requiere que el padre ingrese a un programa para el tratamiento del alcoholismo; que la madre asista a un curso de capacitación para padres; que cada uno de los niños reciba tratamiento individual. La idea es descomponer el sistema familiar, separar a estas piezas (padres por un lado, hijos por el otro), reparar cada una de ellas con prescindencia de las otras con las que hasta entonces han estado viviendo, y eventualmente volverlas a juntar. Pero precisamente porque cada uno de estos servicios se define como un proyecto individual, del cual los restantes miembros de la familia no participan, lo más probable es que no se compaginen. La familia, obligada a acomodarse a servicios asistenciales diversos, cada cual con sus propias metas e idiosincrasias operativas, sufre entonces una deformación adicional.

Como un intento de solución a la fragmentación impuesta por la cantidad y variedad de los servicios asistenciales disponibles en los Estados Unidos, se viene preconizando desde hace un tiempo la necesidad de una mayor comunicación y cooperación interdisciplinaria entre ellos. Este intento de revertir la fragmentación “desde arriba” adopta típicamente la forma de una negociación --a veces amistosa, a veces beligerante-- entre trabajadores de los diversos servicios, donde cada uno asume la representación de algún fragmento de la familia; un trabajador representa el punto de vista de la madre, otro el de uno de los hermanitos, y así sucesivamente. Como los dioses olímpicos de la mitología, los trabajadores se reúnen para decidir la suerte de los mortales, mientras éstos aguardan pasivamente el veredicto celestial sobre cuál ha de ser la estructura de sus relaciones.

Implicaciones para la prestación de servicios

Mientras el terapeuta estructural que presta servicios requeridos por la familia está en libertad de decidir cómo se va a relacionar con esa familia para promover su transformación creadora, el trabajador que presta servicios *no* requeridos por la familia está en principio condicionado, limitado por los mandatos originados en diversos órganos de control social. Su primera tarea será entonces buscar la forma de salirse del camino estrecho, muchas veces auto derrotista, al que lo empuja la compleja relación complementaria y desestructurante que se establece entre la familia y los servicios asistenciales.

El trabajador deberá anticipar -y aceptar como normal- la posibilidad de ser recibido como el enemigo, con hostilidad o por lo menos con desconfianza. Deberá entender que no está sirviendo simplemente al niño y su familia, sino también -y quizás más lealmente- a la sociedad que le ha asignado una función de control social. Deberá contar con una posible “resistencia” de parte de la familia, y no solamente de los miembros definidos como victimarios sino también de los definidos como víctimas necesitadas de rescate -porque las víctimas también sienten lealtad hacia su familia, a la que no necesariamente ven tan victimaria como la vemos nosotros. No ha de atribuir esa resistencia a una intención obcecada de no cambiar, sino a una necesidad natural de defender las fronteras de la familia, de afirmar su identidad frente a lo que para la familia es una invasión.

De cara a las otras partes interesadas, el trabajador necesitará negociar para ver hasta dónde puede liberarse de mandatos que pueden hacer difícil o imposible una relación cooperativa con la familia. ¿Es realmente necesario restringir el contacto entre una madre natural y la madre de crianza que esta cuidando del niño? ¿Es necesario tratar todos los problemas que preocupan a diversas instituciones —el ausentismo escolar del hijo menor, el alcoholismo de la madre, los vagabundeos de la hermana mayor, la enuresis de otro hermano— al mismo tiempo?

El trabajador también deberá cuestionar las imágenes de “anormalidad” que tienden a adscribirse a una familia cuando su acceso a los servicios es forzado por la denuncia o preocupación de un tercero. Tendrá que armarse de simpatía, en el sentido original del término, esforzándose por ver lo que hay de universal humano en esa familia -lo cual implica, y esto quizás le sea especialmente difícil- verse reflejado en ella. Un buen ejemplo lo proporcionó una trabajadora social a quien una madre, presuntamente drogadicta, y denunciada por negligencia por no enviar a su hijo de ocho años a la escuela, le estaba explicando: “Cuando él llora y dice que no quiere ir, yo pienso: Pobrecito, lo he hecho pasar por tantas situaciones terribles”. La trabajadora respondió: “A veces dejamos que se salgan con la suya por lo que hicimos antes. Pero no deje que la chantajee de esa manera”. Compárese esta respuesta con la de otra trabajadora, convencida de antemano -por la opinión de colegas- de que su cliente era una madre negligente. Cuando la madre manifestó sentirse culpable por los problemas de conducta del hijo porque “lo malcrié, di mi brazo a torcer todo el tiempo”, la trabajadora contestó, de acuerdo con su imagen preformada: “Quiere decir que no le estaba prestando suficiente atención.”

El trabajador que busque evitar o por lo menos limitar la desestructuración de la familia, procurará no “controlar” más allá de lo necesario -porque cuanto más controles aplique

sobre una familia, tanto mas fomentará su dependencia y obstaculizará el camino hacia el cambio y el crecimiento. Una cierta dosis de control es inevitable: la naturaleza de los problemas, las organizaciones que emplean al trabajador, las mismas familias esperan y provocan su actitud controladora. Pero hay grados de control que resultan excesivos, innecesarios y contraproducentes, y que pueden ser evitados. Decirle a una madre que ya no puede darle palizas a su hijo es una actividad controladora que puede ser absolutamente necesaria. En cambio, sustituir a la madre en una negociación con la escuela, sobre la base de que ella no es tan competente como la trabajadora para hablar con las autoridades, es un modo de control que promueve excesiva dependencia y disminuye innecesariamente la autoridad y competencia de la madre.

Aquí será particularmente importante estar alerta a las invitaciones que la familia misma extenderá para que el trabajador se haga cargo, asuma el liderazgo, y controle. Cuando una madre comenta, "Mi hija dice que está aburrida y no quiere venir mas a las sesiones", el trabajador puede caer en la trampa y hacer lo imposible por despertar el interés de la hija --mientras la madre observa pasivamente, en lugar de participar activamente en ese reavivamiento del interés. En situaciones como ésta convendrá que el trabajador adecue el ritmo de sus esfuerzos al de la familia, por lo general más lento y que se lentifica aun más, por efecto de la complementariedad, si el trabajador se apresura a ser demasiado servicial. Una manera de prevenir la dependencia excesiva es poner los más de los problemas en manos de la familia. Por ejemplo, en una entrevista donde la madre y las hijas mayores expresaron a la trabajadora su preocupación ante la posibilidad de que la menor ~ pudiera estar iniciándose precozmente en actividades sexuales, la trabajadora no respondió automáticamente "Bueno, me voy a ocupar de eso". En cambio, volvió a colocar el problema donde corresponde --en la familia, Le pregunto a la chica "¿Te sientes protegida por la preocupación de tu familia? ¿Te parece Suficiente protección, o quisieras que te explicaran algo más? ¿Con quién de la familia te sentirías mas cómoda hablando de estas cosas?

En el caso extremo, cuando un niño es removido de su familia, el riesgo de un progresivo aislamiento y fragmentación en la familia es máximo. La separación física, aunque sea necesaria desde el punto de vista de la seguridad del niño, estorba la movilización de recursos y amenaza la viabilidad futura de la familia en proporción directa a la duración de la separación. La separación inicia el proceso de "centrifugación", y el trabajador deberá entonces ayudar a la familia a resistir la tendencia a seguir fragmentándose, o dejarse fragmentar por los servicios asistenciales. Convendrá que reclute un sistema amplio (que incluya, por ejemplo, a la familia extensa y a la familia de acogida) para la empresa de alentar a los padres biológicos a mantener contacto con sus niños, a conservar un sentido de conexión y responsabilidad por su crianza, y a cooperar en el planeamiento de su retorno.

Si el niño retorna a su familia, será importante que el trabajador la ayude a lidiar con las tendencias centrífugas que, tanto desde afuera m desde adentro, invitan a la desestructuración. Así por ejemplo, una trabajadora que está ayudando a una familia a reasimilar a un hijo tras su estadía en un centro de internación, descubrió que una persona del "staff" del centro mantenía contacto telefónico con el muchachito, interesándose en su bienestar y recordándole que su lugar estaba todavía disponible. En lugar de intervenir directamente para bloquear a esta colega, la trabajadora le presentó el problema a la familia, diciendo: "Estas cosas pasan, una vez que se abre

una herida en el costado de la familia, no es fácil cerrarla. Van a tener que trabajar duro para que Charlie pueda resistir a la tentación de volver al Centro.”

Finalmente, el trabajador deberá prestar atención a la calidad de la relación que la familia mantiene con otras instituciones sociales que pueden ejercer una influencia decisiva sobre su integridad o desestructuración. Recordemos el ejemplo que abrió esta ponencia. Nancy se caía de su asiento en la escuela. La madre resistió la recomendación de consultar con un servicio de neurología hasta que la amenazaron con una denuncia por negligencia. Para cuando la familia llegó a nuestra clínica muchas miradas escépticas y amenazantes estaban puestas sobre ella. Pero el problema de Nancy resultó no tener raíces neurológicas ni familiares. La observación que hizo la colega, y que condujo a la aclaración del misterio, fue que Nancy era muy baja para su edad. Le transmitimos este comentario al terapeuta y le pedimos que averiguara en qué lugar del aula se sentaba Nancy. Nancy dijo: “Atrás del todo”. “¿Y cómo te las arreglas para ver la pizarra”, pregunto el terapeuta, “si los niños más altos están sentados delante tuyo?”. “Hago así”, respondió Nancy, inclinando su cuerpo en un ángulo de 45 grados.

Puesto que las sillas del consultorio tenían brazos, esta vez Nancy no se cayó. El trabajo del terapeuta eventualmente se centró en mejorar la comunicación entre la familia y la escuela.